

7
la novela proletaria



25
CTS

Augusto Vivero
**Sindicalista
de acción**

Ayuntamiento de Madrid

L

Año

S

LA NOVELA PROLETARIA
PUBLICACION SEMANAL

Director: Alfonso Martínez Carrasco

Año I

23 de abril de 1932

Núm 1

Sindicalista de Acción

por

AUGUSTO VIVERO

—
Portada de ALCARAZ



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41.

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Gráfica CICERO. Topete, 24.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

E
tuvo
ven
Nad
zan
cor
vien
com
call

—
ño
sult
aza
¿No
S
To
que
gu
¡As
pa

¿co
bla
ch
al
po

El lujoso automóvil, apagadas las luces, se detuvo cercano a señorial edificio. Asomóse por la ventanilla una mujeruca y examinó la contornada. Nadie. Silencio. Soledad. Entonces la mujer embrazando el bulto que recataba con el mantón, fuése corriendo a dejarlo en el portal de la suntuosa vivienda. En seguida tornó al coche, que sin ruido y como aquél que huye, desapareció velozmente calle abajo.

—Ya se puede casar la marquesita.—saltó risueño el chófer.—Tantos humos, tanta beatería, y resulta que la rubiales nos debe a tí y a mí la flor de azahar con que pronto la veremos en la iglesia. ¿No, Trini?

Sonrió la comadre.—¡Bah!—repuso.—¿Tú crees, Tolín, que al novio le importa mucho que la marquesita esté como la madre que la parió? El muy guaja, con tal que la niña lleve intacto el dote... ¡Así que él se casa por cariño! Eso se va quedando para los pobres.

—¡Por vida del!...—refunfuñó Tolín.—Entonces, ¿cómo no deja el marqués que la novia, muy de blanco, vaya a recibir las bendiciones dándole a su chaval la teta? ¡Mecachis! Todo sería que el novio, al saber lo del desperfecto, pidiese mejora del dote por daños y perjuicios...

—¡Cá, primo! A lo sumo pediría que el suegro, en lugar de hacerle gobernador, le hiciese ministro. Y no te creas. ¡Con lo que se traen don Alfonso y la amiguita del señor! Además, que el marqués, aun cuando escatima unos céntimos a los trabajadores de su mina—«esa gentuza», según él—nunca negó al rey los miles de duros que le pedía «prestados» para sus juergas y con firme propósito de no devolver nunca. En fin, que el quitarse de encima el señor al nieto imprevisto, no es porque se encampane el futuro yerno...

—¡Sí; ya sé, Trini. Lo hace por evitar que murmuren en Palacio, y en las sacristías, y en los conventos. Ahí no se alborotan de que sus parroquianas procuren tener peques de milagro, sino de que los tengan. ¡Y son los marqueses tan piadosos y tan palatinos! Atiende, Trini; ¿de quién fué la gracia ésta? Unos dicen que sí del fraile; otros, que sí de los dos curas...

Meneó gravemente la cabeza Trini.—Tolín, ¿cómo diablos se te ocurre que, siendo los señores tan devotos, se considerarían humillados al emparentar con la santa madre Iglesia? No te niego que, de no haber casorio, y prontito, a buen seguro que lo del fraile, o lo de los dos curas, o lo de todos tres, sea más que palabras, porque... porque... Bien; y lo mismo aunque haya casorio. Que tires para arriba, que tires para abajo, el frailote es quien ha buscado al mansísimo «luis» que dentro de unas semanas dormirá legalmente con nuestra marquesita Clocló.

Tolín hizo un gesto.—Ea; no me vendrás con

que el autor de la broma es el Espíritu Santo...

—¡Para bromas está el pobre!—replicó zumbona la mujer.—Y en casa de los marqueses, menos. ¿Nunca oíste que la mayor de las hijas casadas tuvo un chico a los seis meses de la boda? ¿No sabes que la segunda, superándola, soltó un cuatromesino? Por eso, a los marqueses no les coge de nuevas que la menor de las tres se adelante incluso al casamiento. Lo que les irrita es que la nena, para hacer su encargo a París, no se haya valido de un aristócrata...

—¡Ah! ¿Tú estás enterada? Cuenta, cuenta... ¿Qué santo hizo el milagro?

Inclinóse Trini hacia él.—¿Recuerdas las excursiones de la Clocló el invierno último?... Sí; hombre... cuando ella y la Condesita del Caño Gordo estaban criticadísimas... Las llamaban «La Feliz Pareja».

—¡Claro! Siempre juntitas. Siempre por las afueras, en el coche de la Condesita. Siempre con que si al chalet del Guadarrama, o a soltarse poco a poco en los «skiss»...

—Pues—adujo Trini chiticallando—lo que la marquesita se soltó fué el pelo. Que, mediante Dios y el chófer de la otra—Pepín,—vino el nene que la niña tuvo esta noche y que nos mandaron abandonar por ahí. Como del primo del chófer le quedó a la Condesita un recuerdo que, no sin trabajo, ha podido deshacer la muy tal y cual.

Tanto asombro causó a Tolin aquella noticia, que detuvo de improviso el coche con brusco frenazo.

—¡Eh, tú!—gritó asustada Trini.—¡No vale hacernos volcar! ¡Mi madre, qué susto me has dado!

Pero su interlocutor no la oía. Vuelto a ella, con cara de pasmo, preguntábale impaciente:—¿Pepín? ¿Estás segura de que Pepín es el padre del hijo de la marquesita? Eso no puede ser.

Trini, filosófica, se encogió de hombros, —¿Y por qué no? Me parece que Pepín y la andóval tienen todo lo necesario para que pueda ser, y a las pruebas me remito.

Calló un instante y aún quiso agregar:—Tú, como no ves más que por los ojos de tu Patro, no reparas en ciertas cosas. ¿Crees que las señoritas no procuran sacar el corazón de paseo? Y quien dice el corazón, dice...

Tolín, que parecía preocupado, la interrumpió:—Luego el haber despedido el conde a Pepín...

—Cosa del marques, que tiene siete gatos en la barriga. Estuvo a pedírselo en persona. "Y no pararé--gritaba luego--hasta que reviente de hambre".

—¿Eso decía?—protestó el joven, ceñudo.—Pues si supiese que Juan el lacayo se fué de la casa por miedo a la marquesita... ¡Pepín! ¡Un chico tan formal!

—Psch,—susurró la cuarentona.—¿Es que lo hecho no lo ha hecho con toda formalidad? Claro que la Clocló es muy caprichosa. Por seguro que le ha dado mimbres y tiempo. "Esta imbécil—le oí hace días al marqués hablando con la marquesa—nos deshonra con un pelanas; y antes, por si en Venta la Rubia don Alfonso quiso lo que quiso,

comete la necesidad de soltarle al rey una guantada. ¡Privarnos de un entronque tan honroso y provechoso, para después cubrarnos de deshonor! ¡Renunciar así a una barra de bastardía para sus descendientes; y abrir una fábrica de indeseables con un criado!”

Tolín dióse fuerte manotada sobre una de las piernas, pisó iracundo el acelerador, y púsose a gruñir.—¡Repámpano con los nobles! Ahora entiendo por qué andaba Pepín tan mustio! ¡Era éste el querer que nos ocultaba tanto a sus amigos y que le traía loco!

—Pero, ¿él la quiere de veras?—preguntó compasiva Trini.—¡Pobrecillo!

—¿Que si la quiere? ”Terminaré matándome”, le oímos en el bar un montón de veces, al irse huyendo cuando le aconsejábamos que se echase por ahí dos o tres amigas, para olvidar. ¡Rediez en la que se ha metido!

—Y que no hay remedio, —murmuró cavilosa la buena mujer.—Él es poco para marido, y ella es mucho para querida de él. ¡Si al menos Pepín hubiese aguardado a verla casada! En la clase de ella, entonces es cuando se puede torear por lo fino.

Tolín, caviloso, prosiguió cual si hablase consigo mismo.—Y es lo menos malo que se meta una bala en la guardilla de los sesos. ¡Querer de veras a la Clocló! Si; lo más útil para él será pegarse cuatro o cinco tiros bien pegados... Que puede que lo haya hecho. No se le ve al pobre por ninguna parte.

Acercósele Trini y poniendo una mano sobre su hombro, deslizó: —Pepín está en la cárcel.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿En la cárcel? ¡No será por nada malo, que a honradez lo pongo con el mejor. Como si lo viera, será por haber corrompido a la marquesita. ¡Corrompido! ¡Y la nena sabe más que el Espasal!

Denegó Trini moviendo la cabeza: —Está— dijo—por sindicalista peligroso. Preparaba un atentado contra los reyes. Y le han cogido la mar de documentos comprometedores. Como hay censura, los papeles no han dicho nada; pero la marquesa vive recordándoselo todos los días a la Clocló: —¡Un asesino! ¡Meter en nuestra stirpe un ramo de malhechores! Darnos un nieto que, por fuerza, será también asesino!

Tolín soltó una palabrota no muy académica; pero en el acto, cual si se arrepintiera, expuso meditando: —¿Sabes lo que te digo? que más preso y con mayores angustias estaría hoy Pepín andando libre por la calle.

Hubo un silencio. A poco paraba el coche delante del palacio de los marqueses, en cuyo frontis ponía su austera nota de piedad el crucifijo labrado sobre la puerta. —Hay luz arriba—indicó Trini.— Eso es que nos aguardan.

—Natural,—gruñó Tolín.—El marqués no dormiría con la conciencia en calma sin confirmar que ha desaparecido la criatura que le deshonra. Y, como si lo viera, estará rezando para que Dios, que es casi un contertulio de él, ayude al perfecto aban-

dono del recién nacido que tuvo la audacia de introducir su plebeyez en tan noble y piadosa familia...

II

El gabinete de trabajo del señor marqués de los Siete Adornos, acredita sin efugios su calidad de gabinete de trabajo donde no se trabaja. Pocos libros: una Biblia del P. Scio; la «Guía General de los Cielos», con un plano y diez itinerarios, del Padre Laripéte; el «Anuario de la Sociedad Hípica», la «Guía Michelin», la «Cura de la Impotencia», del doctor Marañón, y el «Ripalda», todo encuadernado con lujo. Dondequiera, cuadros de índole religiosa, que parecen más tristes por el negror del fúnebre mobiliario, renacentista Codorniu.

En un ángulo, rubia, rizada y acaramelada imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que, con languidez de tenorino, semeja cantar la romanza del «Yo reinaré.» A uno y otro lado del tenorino, trofeos de caza: eno me testa ciervuna, de copioso ramaje y otra de barbudo chivo. Las dos sobre grandes placas argentinas, que aducen sendas inscripciones orgullosas: "Inmolado por la augusta escopeta de mi amo y señor, en la gloriosa cazata del día 15-9-1909, cumbre de un reinado inigualable".

Sobre la prosa del aparatillo telefónico, el lienzo perpetuador de lo que es gala de la marquesil estirpe de los Siete Adornos: el pacto hecho por la Virgen María con el fundador de la Casa. Ilustre pincel supo immortalizar el dulce minuto en

que, envenenado el prócer por el amante de su amante, la última Reina de los Cielos se filtra por las paredes para decirle: «Estés dónde y cómo estés, allí estoy contigo.» Muy cerca, tal vitrina guarda inmarcesible tesoro; uno de los ciento veintiséis dedos de San Blas que adoran los católicos, apostólicos y romanos.

El señor marqués (moído cráneo, enjuto semblante, ratoniles ojillos) discurrir al teléfono, cuando, muy a lo ténue, sus servidores Tolín y Trini llaman a la puerta del sagrado refugio.—Adelante—indica el marqués sin moverse. Y continúa hablando, con noble indiferencia para los que se deslizan respetuosos al aposento:

—No, no... fijate... ¡qué he de buscar conflictos al gobierno! ¡Yo, un hombre de orden!... ¿Y por pretender que la guardia civil me solucione una huelga? Pues ¿no está para eso?... Perdón... El semestre pasado subí los jornales en diez céntimos, y ahora reclaman quince más... ¿Y qué tengo que ver con que suban las subsistencias? Aquí veo lo que me costó el hotel en San Sebastián este verano: doble que el anterior. Y lo mismo en Trouville y en Biarritz. ¿Me he quejado a alguien? No. Economizo. Voy a encerrar uno de mis cuatro coches. Que economicen ellos también.

Hay una pausa. Fruncidas las cejas, agrio el gesto, recibe nuestro marqués las disculpas de su interlocutor. De pronto, sin poderse refrenar, estalla:

—¡Recristo! ¡Mienten! Lo juro por el honor de

mis hijas, que es lo más sagrado para mí. Lucho con una huelga revolucionaria. Si;... No importa que se desenvuelva pacíficamente... ¿De brazos caídos? Pues, hombre: ¿quieres nada más revolucionario? Estas son las que piden sensatez en las autoridades... Porque no te voy a enseñar la papéleta. Vemos todos los días que se busca quién haga unos disparos contra la benemérita.

Nueva escucha. Nuevos ademanes de cólera. Y, al fin, otra interrupción del marqués:

—¡Cochinos!—grita exasperado.—¡Mandrias! Te tomé el pelo el gobernador, que es una mujercilla, incapaz de liarse la manta a la cabeza. Se ríe de tí el cretino del juez, empeñado en que no se puede procesar a nadie sin razón. Se chunguea de tí el teniente, a quien asusta quitar del mundo a cuatro agitados antipatriotas.

Anoche mismo se pitorreaba de mí Lulú. ¿Por qué? Porque al acostarse con don Alfonso, el monarca rompe a carcajear diciendo: "Los burros de los ministros torea a tu viejo. Vas a tenerme que pedir que los dimita. Ya que Siete Adornos no pone reparos a que le engañes conmigo, debía resolverle su huelga pegando firme. "Y yo creo desairadísimo para vosotros, desairadísimo, que mi querida necesite amparar el orden según reclaman los sagrados intereses de la patria."

En su enojo, el prócer olvidaba ya que le oían Tolín y Trini. Pero ambos, convencidos de ser el disimulo virtud soberana, guiñáronse un ojo y salieron a escuchar al pasillo, dejando entornada la

puerta. Muy luego llegábales a los oídos la voz del marqués:

Eso es otra cosa. Tú mándame con cualquier empleado prudente las noticias oficiales del choque, así que las tengas. ¡Calla, hombre! Lo del atentado a la fuerza pública quedará entre tú, yo y mi representante, que es un hacha respecto a ciertas cosas... ¡Ríete! El fin justifica los medios... Gracias. A Lulú, de tu parte. Agradecidísimo. Y duro, duro... Hay que gobernar. Tranquilidad viene de tranca. ¡Disciplina, mucha disciplina, y descrismar al que rechiste!

Frotóse las manos el digno caballero y, clavadas las pupilas en la pintura del milagroso lance familiar, musitó pío y reverente: ¡Gracias, madre divina! Sin tí, éste ganso no me hubiera complacido. Gracias, madre de los que padecen.

Leve golpecillo, dado en la puerta, detuvo en firme al prócer.—Pase—dijo—¡Ah!,—siguió, viéndose aparecer a Tolín y a Trini.—¿Sois vosotros? ¿Hubo alguna dificultad? ¿Os ha visto alguien?

—Como no sea la Divina Providencia—declaró con imperceptible sorna Tolín.—Nos llevamos al nene a...

El hidalgo hizo un ademán imperioso.—¿Para qué, pormenores? No me interesan. Tenéis cinco duros mensuales de aumento.

—Agradecidos, señor marqués—hablaron Tolín y Trini sin el más leve fervor.

—¡Ah!—prosiguió el de los Siete Adornos—Sentiría por vosotros que se divulgara lo sucedido. No;

no hagáis protestas ociosas. Callaréis por interés propio. Id con Dios.

Salieron Tolín y Trini. Ya en el pasillo, cogiendo él por el brazo a la otra, espetóle iracundo: —¿Has visto al muy canalla? ¡Y esto es un noble! Supongo que ahora no seguirás temiendo haberle desobedecido.

Plantóse Trini frente a Tolín y terciando el mantón, dijo trepidante: —¡Qué temores ni qué narices, criatura! Contigo y tu Patro ha de ser el cachorro mil veces mejor que si mamara la leche de su ilustre familia. ¡Pesarme haber tirado por ahí solamente las ropas en que lo envolvieron los muy sin entrañas! ¡Arrepentirme de que tengáis en él vosotros dos el chavalillo con que soñábais en balde! ¡Maldita sea mi estampa si no se me hubiese caído la cara de vergüenza como tu y yo hubiésemos sido capaces de igualarnos a esta noble gente!

III

Alcoba de Clocló. Muebles estilo inglés (porque así los usan las hijas de don Alfonso, y denota buen gusto imitarlas). Un pantallón, erguido sobre alto pie, deja filtrar suave luz amatista. Señoreando la cabecera del lecho en donde Clocló duerme de ordinario, sin soñar nunca, descuella un óleo primoroso: la Virgen María dando de mamar al Niño.

El artista—uno que fué novio de Clocló veintiún días y una noche—satisfizose representando a su amada en calidad de Nuestra Señora, y aún salpió el humorismo retratándose a sí propio, ani-

ñado, en lugar del último de los dioses redentores y mamantes. Bruñida cartela de plata enuncia por bajo de Clocló Virgen y del novio Jesús: "El ilustrísimo y reverendísimo señor prelado de la diócesis dignóse bendecir estas santas imágenes, a 30-12-1927. Los que las recen un «avemaria» ganan quinientos días de indulgencia. *Ora pro nobis*".

Sendos retratos del señor XIII—con disfraz de balandrista, en el más antiguo; trajeado de doctor «honoris causa», en el otro—decoran las dos mesillas de noche. Reza la dedicatoria del primero: "¡Ole tu madre, Clocló! - A., *rex.* - Lachar, 1927". Expresa la del segundo: "Con gachis como tú, hasta Dios picaría en la poligamia - ALFONSO, *rex.* La Flamenca, 1928."

La marquesa—grave, crepuscular, aún guapetona—lee un libro de rezos, hundida en cómodo butacón cercano al lecho de la parturiente. En sus rizos—artificiales—quíebrase la luz del floripondio de porcelana, incrustado en la pared. Doña Luz piensa en el fraile, su confesor. En el fraile, que con tanto ahínco procura librarla de la marquesita, "joven anormal, temible por su fisgona desvergüenza".

Muy acurrucada en el lecho, lee Clocló igualmente, recién teñida de rubio, pintadísimos los ojos, llenos de carmin los exángües labios. Pero, ¿lee? Sin duda. Maldito si le preocupa ya su parto. Impasible, dentro del sutil pijama con que honestó un poco su desnudez al acabar la faena del puérpero, lee de espaldas a la marquesa. Mas no por-

que asuste a la niña que su madre la mire saborear un librito cuajado de obscenos dibujos monstruosos—¿qué inconveniente habría, si el parto fué como una seda?—sino porque Clocló juzga insufrible la parla de su señora mamá.

Esta suspira, desapareña el mirar del piadoso libro de Horas y pregunta con desmayo:

—Nena, hija, ¿te ha tocado Nuestro Señor al alma? ¿Puedo comunicar a tu pobre padre que aceptas la boda? (Clocló permanece muda) ¿Me oyes? (Clocló sigue impertérrita) Es preciso, ¿te fijas?, que cuando se divulgue tu ridículo percance (y se divulgará, ¡buenas son tus dos hermanitas!) conste que te casas formalmente. Con ello desaparecerá lo bufo de tu resbalón. Y si los murmuradores charlan, en vez de emprenderla contra ti, la emprenderán contra el que se aviene a ser tu esposo. Sobre que podremos defender nuestra dignidad declarando que tu prometido abusó de la candidez tuya. ¿Me juras decirlo así? (Silencio. La parturiente continúa de espaldas, inmóvil y silenciosa. La marquesa da en el suelo un taconazo iracundo) ¿Todavía, so pingo, no te consideras bastante odiosa con lo que te has dejado hacer?

Sin volverse, sin desviar la mirada de un grabado perverso, arguyó la niña: —Luz, por favor: suprime los aspavientos. Son cursis y te estropean el hígado. Créelo, mamá. Lo sensato no es ponerte en actriz dramática, sino ver si Trini me libró del mochuelo.

Aquellas razones apaciguaron de súbito a doña

Luz, quien bañó de mieles su acento: Reflexiona hijita. Vas a cumplir diez y ocho años y te falta de juicio lo que te falta de lo que yo me sé. ¡Y si al menos tomaras las naturales precauciones! Necesitas, pues, marido; que nuestras relaciones no nos perdonarán tener bastardos del gremio de chóferes. ¡Jesús, y con lo retesucias que son las malas lenguas de Palacio! Pero, si tú lo sabes, porque nos has oído hablar allí...

Vino a contener el desconsuelo de la noble dama su ilustre consocio, el cual, como si escuchase tras la puerta, mostróse de repente para definir con ademanes tribunicios:

—Serénate, querida Luz. Recobra la paz espiritual, hija mía. El borrón de carne y hueso desapareció, gracias a la Virgen, tan servicial para nosotros. Ahora hija mía, nunca ya patines sobre la honra inmaculada de mis blasones. Y aprende: jamás las Siete Adornos dieron a luz sin tener esposo a mano.

Entrecruzó sus dedos la señora marquesa con fervoroso pietismo. —“¡Santa Madre de los Dolores!—hipó casi en éxtasis.—Tendrás quince misas por habernos librado del repulsivo intruso”.

Tuvo la marquesita burlón encogimiento de hombros.—Creo, mamá, que Tolín y Trini se parecen poquito a Nuestra Señora.

Iba doña Luz a replicar muy a lo agrio, visto que Clocló se había vuelto hacia ella; mas el marqués la contuvo con imperioso ademán. —Chis. Seamos comprensivos. Comprender es perdonar. Y perdo-

nar es
pobre
de so
mí la
ves,
simp
estoy

—
¿Qué
de hu

El
queri
se ha

Oye;
Apos
Buen
todo
nem
dí, h
prom

So
aduj
avis
cian
poli
inter

G
éba
nos
¡Tu

nar es vivir con la conciencia tranquila. Luz, tu pobre hija, lo sé, llora por dentro. Yo, si estuviese de sobreparto por culpa de un quidam, sentiría en mí la voz acusadora de quince generaciones. Ya ves, no ha desgarrado un hijo mis entrañas, y al simple temor de un choque sangriento en la mina, estoy saltando.

—Qué, sabes...? —demandó ansiosa la dama.— ¿Qué? ¿Han cometido algún crimen esos bárbaros de huelguistas?

El prócer se compungió a lo hipócrita: —Recelo, querida Luz, que haya hule. La clase trabajadora se ha empeñado en vivir fuera de la ley.

—¡Muertos, Virgen santa! —suspiró doña Luz.— Oye; si hay viudas, déjame la más joven. Nuestro Apostolado de Señoras la colocará en el Asilo del Buen Amor para la limpieza de los suelos. Con todo, preferiría que hubiese huerfanitos, porque tenemos seis plazas vacantes en el Orfelinato. Pero, dí, hombre, dí. Enséñame ya el telefonema. Te prometo no desmayarme.

Sonriendo, en tono de displicencia elegante, adujo el consorte: —Nada de Telefonemas. Un aviso muy confidencial, según insinué. Me anuncian que hoy, por la mañana, debe venir uno de la policía para darme pormenores de grandísimo interés.

Gemebunda, llevóse doña Luz ambas manos al ébano rutilante de sus bucles. —¡Ay, celestino! ¡Que nos traen la criatura! ¡Que nos obligan a tragarla! ¡Tu Virgen nos ha traicionado!

—Calma, calma--propuso el marqués, sobresaltado. --Razonemos. El Presidente quedó en remi-
tirme las noticias oficiales cuando se restableciese
allí el orden. Y si bien es pronto...

Más afligida, más sollozante, dijo la marquesa:

—Que no, celestino de mi alma; que no! Verás
cómo la policía nos mete por los ojos a la infame
criatura. Y entonces sí se derrumba la honra de tu
Casa. ¡Qué espanto! Me voy, me voy por no ver a
ésta marrana! Si yo fuese hombre como tú... ¡como
tú debías ser Celestino! pensando en lo que habla-
rán de nosotros por el pendón de tu hija, ¡la dego-
llaba, como hizo Guzmán el Bueno! No me hables,
marqués. Tú tienes la culpa. Tú. Porque tu hija lo
aprendió todo en los cochinos libracos que lees.
Fíjate. Aún anda la señorita con el que ayer has
trodo. ¿Regalo de la Lulú, verdad, ¡so impotente!
¡Oh! ¡Nosotros, en los anales de la Policía, entre
randas y busconas! ¡Y debido a emparentar con un
chófer por esos campos de Dios! ¡Qué ignominia!
Los calificativos que nos pondrá don Alfonso.

Llorando conforme aseguran que lloraba la
Magdalena, doña Luz, viva imagen de la virtud,
huyó del dormitorio sin cesar en sus "¡Guarra,
más que guarra!" El marqués permaneció medita-
bundo un instante, mas con resuelto ímpetu fué
hacia su hija, le arrebató el libro, y llevándose un
dedo a los labios, expresó con ternura: —Nena,
descansa, que te será de provecho. Descansa, y,
sobre todo, no vuelvas a leer delante de tu madre.
Tu madre no es comprensiva, no es comprensiva...

Dicho tal, apagó la luz y salióse de la alcoba murmurando: —Es ganas de complicar la vida seguir atribuyendo importancia tan enorme a la sencilla operación fisiológica del parto...

IV

Media la mañana. Ríe mortecino el sol en los cristales del aposento donde permanece la marquesita de los Siete Adornos. Fuera, el oro viejo de las abarquilladas hojas del parque familiar, pone su matiz melancólico en el ambiente. Pero ni la chiquilla--joh, una chiquilla con un chiquillo propio--ni el obeso fraile sentado a su cabecera, ponen atención en la placidez del apacible día otoñal madrileño.

La nena, reclinada en una pirámide de cojines, mira sin ver las grandes titulares del periódico desdoblado sobre las alegres flores de la colcha. Las titulares dicen: *En la mina "Santa Leonor"—Los obreros tirotean a la benemèrita.—La fuerza pública tiene que hacer una descarga al aire.—Seis huelguistas muertos; diez y seis heridos de gravedad.* El fraile habla, con el rostro muy pegado al de la mozueta. Y sus razones son así:

—Hija querida, obedece a tus padres. No añadas más aflicción a la que les ha producido la maldad de sus mineros. Y para una jovencita guapa...; porque tú eres muy guapa, hija mía...

Se interrumpe comiéndosela con la mirada; pero al ver que Cloclo sigue abstraída, continúa: —El estar soltera es peligroso para quien tiene un cora-

zoncito sensible...; porque tú tienes un corazoncito, como siempre ocurre a tu edad, máxime si acompaña también a la edad un desarrollo espléndido...; porque tu desarrollo es el de una Venus magnífica...

Calla otro poquito el santo personaje, cuya faz carrilluda presenta síntomas congestivos.—Clocló le contempla con burlona malicia; después le dispara cinicamente:

—Lo sé. No se canse más en repetírmelo.

—Es que... que...—tartamudea el clérigo, ya en pie—la carne es débil. Sobre todo en las guapas. Y la carne pide cosas que... cosas que... En fin, ya lo sabes. Eso, de soltera, es pecado, pero en el matrimonio la carne santifica sus impulsos inevitables. Ni olvidemos que la mujer gana... y no menciono la mísera belleza corporal, porque a tí te sobra, Clotildita... Gana, porque ni padece sujeción, ni se ve tan espiada por las envidiosas, ni...

—Ni se le averigua de quién son sus hijos, ¿verdad?

—No tanto, hija. Exageras un poco. ¿De quién pueden ser los hijos de una casada, sino de su esposo? me entiendes?

—Si aguarda usted un minuto--interrumpe Clocló, mofadora, encendiendo un «kaftan»--tendrá usted auditorio dúctil... Oigo los taconcitos de mamá. Oye, mamá,--prosigue, dirigiéndose a doña Luz, que entra muy emperejlada--tu docto confesor incluye en el sacramento conyugal las correñas extraconyugales...

El fraile alza una mano y la mueve convulso. —Por Diós, señora marquesa; ¡qué disparate! Debo estar como la grana. Si usted lo autoriza, me retiro. ¡Qué suposiciones, señora! No se moleste, no se moleste... Decir que yo... Pensar que yo...

Con esto sale de estampía. Temb'ando de cólera, ruge la marquesa:

—¿Esto más? ¿Conque ni aun respetas a los ministros del Señor? ¡Si hasta eres capaz de...! Anda, suéltalo. Dime que busca sustituir a tu maleante.

Con el pitillo en la comisura de los labios, responde Clocló: —Despreocúpate. No lo diré. Y a ti, menos.

—¿Cómo que a mí menos? ¿Qué significa tal canallada?

—¡Psch! Como vienes dispuesta a insistir en casarme, si te sulfuro, escucharé horrores. Prefiero que discutamos tranquilas. Y si puede ser, que no discutamos. Sigo creyendo majadería inaguantable hipotecar una su gusto a causa de unas bendiciones de pago.

La marquesa alzó las manos, aterrada: —Entonces... ¿el amor libre? ¿Como los perros?

Miróla Clocló, haciendo procaz n ohincillo desdenoso. —Quiero--dijo dándole al cigarro glotona chupada--vivir mi vida. ¿Está claro? A mí pueden gustarme como hombres ciertos hombres; pero, a mí para marido, sólo me parecen deseables los de mis amigas.

—Pronto has empezado.--saltó la dama con acritud--¡Y con qué glória para tu estirpe! ¡La señorita

que ha hecho ascos al rey, se revuelca con un pío-
joso!

Chispeáronle a Clocló las pupilas y, sentada en el lecho, repuso manoteando: —Luz, no me moles-tes, que soy según me habéis educado. ¡Mi linaje! Acuérdate de mis hermanas, con la barriga a la boca y el azahar en el velo. Y de tu propia madre con el obispo. Y de mi bisabuela, de quien repetían que tuvo seis hijos porque mi bisabuelo tuvo seis secretarios en toda su vida matrimonial. Calla, y no me obligues a recordarte lo que le sueltas a papá cuando reñís...

—¿Qué, qué le suelto yo a tu padre?—inquirió la marquesa, engallada y amenazadora.

Que si no le has puesto cornamenta es porque no querías continuar la historia de sus antepasadas.

Crispó los puños la marquesa, dejando caer el devocionario que traía. —¡Que yo he dicho, bribona!... ¡Que yo!... Bueno; y aunque lo hubiese dicho. ¿qué? ¿Acaso debo guardar consideraciones absurdas a la familia de tu padre?

—A la familia de tu marido, mamá. Es un matiz, pero no debes olvidarlo: mi padre es tu marido.

—¡Tu padre! Mira; no me hagas disparatar, porque... ¡Con que tu padre! ¿No se ha gastado media fortuna mía en querindangas? ¿No tiene regados por ahí un montón de hijos naturales, que él cree suyos, lo cual es mentira? ¿No tiene la desfachatez de irse de bureo con los propios amigos de tus hermanas? En cambio yo... ¿qué mal ejemplo me puedes censurar?

Chupó la marquesita del cigarrillo, y apicarando más su cara de pilluelo, dijo: —Mamá, quien puede pedirte cuentas es tu marido; allá vosotros, que ¡a mí, plim! Lo que sé es lo que buscan en tu casa ese frailazo tuyo y los dos curotes y si Clocló hubiese querido... ¡Pero como no quiero! Tu frailazo va y os trae (diciendo que para cubrir lo que llamais mi deshonra, pero a punto fijo para lo que él se sabe) a ese capricornio cazadotes, cargado de medallas y de poca vergüenza. Pues no. Ni me caso con el chupacirios, ni con el Vervo Celestial que se presente.

Santiguóse doña Luz con vertiginoso movimiento. —Ave María Purísima! ¡Dios padre, todopoderoso! Yo debí mandarte a las Arrepentidas ¡so pingo! hasta que te arrepintieses. Aunque, ¡arrepentirte tú! ¡Si acabarás por las esquinas! Para lo que te falta!

Tiró la marquesita de las sábanas y cubrióse con ellas el descarado semblante. Mas la increpadora, excitada por la irreverencia, chilló con el máximo coraje:

—Sí; mala mujer: has de verte en un hospital, podridita. ¡Claro! Si conozco tus planes. Irte con el criminal ese cuando cumpla su condena. Y acabarás prostituyéndote para que tu asqueroso presidiario se dé buena vida. Por eso, mala hembra, te opones a casarte, como Dios manda, con un varón honorable.

—De honorable, poquito; de varón, menos; —soltó la niña sin descubrirse.—Un editor de obras ajenas. Como el tronado de mi tatarabuelo.

—¡Jesús, Jesús, Jesús!—exclamó la devotísima dama, volviendo a santiguarse y pisoteando rabiosa el devocionario.—¡Si oyese tal blasfemia el marqués!

—Si la oyera--volvió a zaherir la vocecita cruel, debajo de las sábanas--recordaría un dicho suyo. ¡Suyo, suyo! De cuando el canónigo te frecuentaba día y noche. —"Mirame a la frente"--le oí decirte bramando—y piensa que si «Cuernos de Oro» fué mi bisabuelo, yo no soy biznieto suyo.

—¿Y qué?--repuso doña Luz, medio ahogada por la ira. —Siempre será preferible un cornudo ilustre, según era «Cuernos de Oro», a un apache por el estilo del que te ha empuñado.

Con brusco ademán libróse Clocló del embozo, y golpeando colérica en el lecho, adujo airada: —¿Sabes qué te digo, Luz? Que sí, que ya no me interesaba el que nombrás apache. Pero tú, tú solita, me lo has vuelto atractivo.

—¿Yo, so pirandona? ¿Yo? ¿Cuándo?

—Con tus inculpaciones a Pepín. Tú lo has ensalzado al comb tiple. ¡Un idealista, capaz de jugarse la cabeza! ¡Un conspirador! ¡Lo que se dice un hombre! ¡Alguien distinto a los polluelos tuberculosos que no sirven más que para los bailes, o para discutir de modas, o para entenderse con las queridas que costean los maridos como papá! ¡Pepín vale por todos juntos! Entérate y en cuanto yo pueda iré a verle, queráis o no queráis. Y si os ponéis tontos, declararé que conspirábamos juntos. Está dicho.

Doña Luz, el rostro entre las manos, la contempló atónita. Pero, en seguida, dejóse caer en una butaca, riendo a chorro suelto.

—¡Conspiradora!--expuso al fin, cortando en seco su júbilo. --¡Apañada estás, conspiradora! Ni tu golfo ha conspirado, ni pensó nunca en matar sinó el hambre. ¿Quieres saber la verdad, idiota? Pues el marqués hizo trincar a tu Romeo, denunciándolo como sindicalista de acción. Y supo ingeniárselas para que la policía descubriese los documentos consabidos y varias bombas. ¿Pensabas que os dejaría coquear a vuestro gusto? No, hermosa, no. Tú puedes revolcarte sin pudor encima del gran apellido que llevas; pero aquí estamos tus padres para ponerte a dieta.

—Pues, hija; ¡sí que os habéis tomado molestias inútiles! ¿De modo que papá se ha vuelto decididamente aborrecible? ¡Y para quitarme la mejor de mis poquísimas ilusiones! Lo siento. ¡Era tan «chic» lo del novio revolucionario! ¡Y qué tristeza ver del todo lo que sois! ¡Tontos y malvados!

De un brinco púsose la marquesa en pie. --¡O callas--exclamó irascible --o hago una barbaridad!

—La barbaridad no tenéis que hacerla—objetó la marquesita, lustrándose las uñas en el pijama. --Ya la hicisteis y de a folio. El pobre diablo de Pepín no me importa un pimiento. Y para que te enteres, llevo un «flirt» agradabilísimo con un recién casado ¡Cuanta necedad en vuestra conducta! Pepín no me sedujo. Me gustó, coquetée, y el día que tuvo antojo, le hice perder el juicio. Total, lo

que practican muchas de nuestra clase. Y vosotros, cargáis las culpas a quien no incurrió en otra que ser juguete de vuestra hija. Tú verás si os pertenece diploma de listos o de qué.

Doña Luz quedósele mirando. --Si hablas verdad —dijo con lentitud— sería la primera que te oyese.

Dispuesta estaba Clocló a replicarle según sabía, cuando...

V

Cuando vino a estorbarlo inesperadamente la entrada del marqués, el cual irrumpió, en la estancia hecho una fiera.

—¡Esto es trágico! ¡trágico!—repetía nervioso.—Me quedan breves horas de vida!

—Calma, calma,—interpuso doña luz, abrazándose al marqués al par que Clocló zambullía de nuevo la cabeza debajo de las sábanas.—¿Qué otra desventura nos impone nuestro Señor?

Celestino arboló sus puños como si amenazase a un ausente. —¡No me chinces con tu Señor!--dijo.—¡Bien se porta con nosotros! Clotildín, nena; escúchame.

—Encantada, papa,—afirmó la cabecita rubia volviendo a mostrarse.

—Tú, hija mía—expuso don Celestino emocionado --eres una muchacha de corazón... de corazón, como tu padre... y esto te pierde. Sé conmigo franca. Es tributo que me debes, pues yo afronto las responsabilidades de mis defectos por eximirme del odioso pecado de mentir. Te supongo sabedora--no lo aduzco para recriminarte--de las... ponga-

mos cualidades negativas que resplandecen en tu... en tu... llamémosle aliado. Es incontrovertible que tenía en su casa bombas. Con propósitos regicidas.

—No continúes, Celestino—atajó la marquesa. —Tu hija sabe que es mentira.

—¡Ah, sí?—endilgó el caballero sin inmutarse. —Me agrada, pues ahorra circunloquios. Entonces, hija mía, comprenderás por qué tu... digámosle iniciador, ha jurado meterme una bala en los sesos. No le defiendas. Su actitud es excesiva. Mas ¿qué principios humanitarios cabe pedir a un perdis sin cultura? Otro, agradecería lo insignificante de mi venganza. Pero tu comanditario aún se indigna conmigo. Y anoche huyó de la Modelo.

—¡Santísima Virgen de las Angustias!--gimió la otoñal persignándose. —¡Qué infamia de hombre! ¡Ni conciencia, ni buenos sentimientos! ¡Este país es imposible! Celestino ¡Por lo que más quieras! Toma tus precauciones, que de puro bondadoso eres descuidadísimo; confiésate, no vayas a morir en pecado mortal.

Puso el marqués cara fosca. —Si te parece--disparó malintencionado--iré con el fraile que a ti te confiesa día por día. ¡Vaya con tus previsiones, mujer! Sobre que ya me he puesto la medalla de Nuestra Señora de Guadalupe. Clotildita, cariño. Tú, que eres una muchacha de talento--¡lo reconocen incluso tus hermanas!--mírame: ha llegado la hora del elijan. O tu progenitor, o el asesino de tu padre.

—¿Y qué quieres que yo haga?--preguntóle ce-

jijunta la niña. --No sé dónde hallarle. Y si lo supiese...

—¿Cómo ¿No nos lo dirías?--prorrumpió la marquesa. --¡Descastada! ¡Indeseable! ¡Revolucionaria!

—Mamá, si lo supiese, me avergonzaría presentarme a él. Las cosas claras.

Protestó altivo el padre, irguiéndose cuan alto era —¿Y quién pide tamaña indignidad? Si acaso, bastaría con que le citases en algún sitio discreto. Y con prenderle allí...

—O aplicarle la ley de fugas--insinuó la marquesita casi para sus adentros.

Doña Luz, cual de costumbre, cruzó las manos suplicante. —¡Por las milagrosas llagas del Salvador, Clotildín! ¡Revélanos dónde le avisabas para vuestras orgías, y te lo perdonamos todo. ¡Hasta que fumes! Protege a tu pobre padre. no se trata de un chucho.

Tendió el hidalgo la diestra con magnífica solemnidad. —¿Dudas de mí Clocló? si la palabra de un padre, de un Siete Adornos, no es para tí el mismísimo Evangelio, devoraré la afrenta y de labios del inspector oirás que mi vida corre serio peligro.

—No lo dudes, nena, --lloriqueó la esposa. —Cuando la policía le quiere proteger, es que le matan, le matan sin remedio. Celestino, huye, ¡Cada proletario es una fiera! Los masones han destruido a Dios, y Dios nos castiga por cobardes. ¡Huye! Aquí estorbamos las personas honradas.

Clocló hizo un gesto de cansancio.—Papá, créeme: no te pongas en ridículo. Conozco a Pepín y te aseguro que si pudiera ocurrírsele matar a alguien, ese alguien sería yo. Y siento que no sea de los que matan. ¡Por éstas! Me aburro como una ostra.

—Mujer—le objetó don Celestino—cuando la policía se ha enterado, muy pública debe ser la cosa.

—Papá no te preocupes. También la policía de tu apreciable don Alfonso le supo hallar a Pepín bombas y documentos.

—Niña,—intervino secamente la marquesa—injurias a tu padre. Que si procedio mal, lo hizo por tu bien.

—Me lo figuro. Como por bien de mi chico lo tirásteis a la calle. Como por mi bien procuráis uncirme a una abreviatura de hombre. Pero no se trata ésto. Digo, papá, que a lo mejor ha fallado lo que ideaste por mi bien, y se busco otro recurso más expeditivo, en que actués de cebo contra Pepín. No te prestes, que el diablo las carga. Y sería terrible que mamá se hallase viuda y con huerfanitos de su propia cosecha para el orfelinato. A propósito; ¿leísteis la prensa? Seis muertos, dieciseis heridos graves. Si yo no fuera hija de burgueses, ¡qué odio me inspiraríais los hombres de dinero!

Doña Luz, cuyos ojos, hacia rato, ibanse tras un pedacillo de papel semi oculto por la almohada, lanzóse de pronto y lo aferró con violencia.

¿Quién te ha escrito, Clotilde? ¿Por qué has roto esta carta?—Y, amenazadora, blandía el trocillo de papel.

—Veamos, veamos--pronunció el noble acercándose a su esposa.--Clotló, indiferente, dedicóse a silbar por lo bajo la cancioncilla de moda, puesta la atención en el oleaje producido en las sábanas por las puntas de sus inquietos piececines.

—¿Lo ves, Celestino? Están conchabados--bramó la señora.--Estas palabras los descubren: "...que huyas conmigo; no puedo estar sin ti... disimula... no sospechen nuestro plan ...vida nueva..." —¡So cortesana! ¡Perra vag bunda! ¡Leninista!

La contuvo el prócer con gallardo ademán. Basta.--dijo Cuando así se hace mofa de nuestras canas (sí; porque las tenemos, aunque ocultas) cuando así se hace piruetas sobre nuestro honor inmaculado; cuando así se descende del pináculo de la Historia para convivir con la revolución que busca destruirlo todo, familia, patria y altares, huelgan las transacciones. Marquesa, ven; el honor nos llama.

Uno y otra se dirigen a la puerta sin que Clotló borre de los labios la sonrisita zumbona con que ha recibido la soflama paternal. A punto de salir, el caballero se vuelve y pronuncia majestuoso:

Hoy es día de luto en esta casa. Nunca, nunca perdonaré que una falsedad haya manchado tu boca. Hoy te destituyo de hija mía. Y notarialmente. Haré una ilegalidad; si es preciso cometeré una infamia; pero lo que debes heredar lo heredará

el Nuncio. He dicho.--Y pomposo, inflexible, alejose con doña Luz, si i tornâr la cabeza.

Clotilda hizo un movimiento como para detenerles; mas dominándose, liquidó el asunto con jubilosa muequecilla. Después de todo,--pensaba--mejor es que sus sospechas se dirijan a Pepin. Estuve muy torpe confiándole a mamá que tenía un «flirt» agradabilísimo con un recién casado...

VI

Caminaron en silencio unos instantes doña luz y don Celestino. De súbito se paró la consorte. —¿Por qué no vamos a la capilla a pedir al Divino Jesús que disuada al criminal de sus propósitos?

Contemplóla sonriendo el marqués. —Luz, no seas estúpida. Todo ha sido una ingeniosidad mía.

—¿Sí? ¡Qué talentazo tienes! ¿Ves? Por eso, con sólo mirarte, ya te perdono las canalladas con que me torturas. Así pues, el policía no vino a...

—Vino para comunicarme lo de la fuga y ver cómo cojemos al pájaro. Y oyendo al polizonte discurrí un plan infalible. La lógica, Luz, no falla nunca. ¿Por qué,--deduje--se opone Lulú a casarse? Porque aún piensa en su foragido. Esto es evidente. ¿Por qué se hallaba tan tranquila? Por confiar en su fuga. Ya ha huído él. ¿Qué pide la lógica? Que procuren reunirse. Ya has visto la carta. Sólo en este punto metí la patita. Yo supuse algo muy distinto. E inventé lo del atentado para sacarle a Clotilde si, al cortar yo el idilio, su c rterista entraba por de noche a verla.

La esposa, con trémulo impulso, se cogió al brazo conyugal. ¡No me lo insinúes, Celestino!

Tornó a sonreír el marido. —Cálmate, cálmate, que desde el anochecer tendremos armada en el jardín la ratonera.

—Oye. ¿Y si por desdicha tuviese Clotilde otro que la visitara como el chófer?

Meditó un punto el prócer, y al cabo dijo:—Psch —Ella será la responsable, y siempre defendemos nuestra honra. Mas, ¿quién le escribiría de modo tan villano? Unicamente un vividor, para saquearnos con el «chantage» de la escapatoria...

—Tienes razón, Celestino. Pero ¿me prometes que no se manchará el jardín con un crimen?

El marqués respondió con un psch vago.—¡Crimen, crimen!, —expuso.—¡Qué aficionadas sois las mujeres a los grandes vocablos vacíos! ¿Hay crimen en estarse uno tranquilo en su casa? ¿En defenderla contra gentes enemigas de los más sagrados fundamentos sociales? Anda, bobona; anda. Voy a tomar mis disposiciones. Tú puedes hacer algo de provecho. Pedir a la Virgen, protectora de nuestra Casa, que nos ayude a restablecer la honorabilidad heredada de nuestros padres...

VII

A dos días de allí, uno de los periódicos que huelen a mirra e incienso, noticiaba con licencia del Ordinario:

"EL SINDICALISMO EN ACCION

Anoche se ha querido asaltar el palacio de los

marqueses de Siete Adornos, tan bienquisto en la buena sociedad por el esplendor de sus virtudes cristianas y cívicas.

Uno de los maleantes, corrió de sala en sala, guareciéndose por fin en la alcoba de la adorable marquesita Clocló a quién aflige una dolencia, por ventura de poca importancia. El malhechor que había conseguido apoderarse de valiosas alhaja, logró saltar al jardín, donde sostuvo encarnizado combate con sus perseguidores.

Muerto el ladrón en la refriega, fué identificado con facilidad. Es un extremista de ideas exaltadas, sumamente peligroso y evadido de la cárcel días pasados."

El mismo día estampaba un periódico satírico: "La fatalidad no cesa de abatirse sobre una Casa, ilustre por sus cornucopias. Cuando apenas el Gobierno acababa de resolverle con una sangría ciertas cavi-laciones--las huelgas son una mina de cavi-laciones.--la hija más precoz de los ilustres próceres--aún no muy restablecida de la dolencia que la embarazaba desde hace meses--ha emprendido grato viaje de recreo, para ayuda de su convalecencia.

Parece que la viajera,--un poquito más delgada hoy que días pasados--decidióse tan de improviso al viaje, que descuidó despedirse de sus austeros papás. También, si ha de creerse lo que afirma una bella e inconsolable recién casada, la deliciosa turista--muy aficionada a los placeres del auto,--cometió, en sus precipitaciones, otra inadvertencia: llevarse al esposo de la quejosa y triste amiga.

